

Satisfacción, generosidad y bendiciones

Filipenses 4:10-20

Pastor Tim Melton

¹⁰ Me alegro muchísimo en el Señor de que al fin hayáis vuelto a interesaros en mí. Claro está que teníais interés, solo que no habíais tenido la oportunidad de demostrarlo.

Aquí vemos a Pablo alegrándose de la atención mostrada por la iglesia de Filipos. Era la dulzura de amar y ser amado. Estos fieles de Filipos ocupaban un lugar especial en el corazón de Pablo, y sus acciones demostraban que él también tenía un lugar especial en sus corazones. Los versículos 14-16 nos cuentan más acerca de su relación:

¹⁴ Sin embargo, habéis hecho bien en participar conmigo en mi angustia. ¹⁵ Y vosotros mismos, filipenses, sabéis que en el principio de la obra del evangelio, cuando salí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en mis ingresos y gastos, excepto vosotros. ¹⁶ Incluso a Tesalónica me enviasteis ayuda una y otra vez para suplir mis necesidades.

Esta epístola fue escrita alrededor del año 61 d. C. El apóstol Pablo se encontraba prisionero en Roma. La iglesia de Filipos había enviado a Epafrodito, uno de sus miembros, a visitarlo. Epafrodito había viajado más de 1.200 km para llevarle la ofrenda de dinero de la iglesia y para ponerle al día sobre el estado de la iglesia de Filipos.

El sistema penitenciario romano no suplía las necesidades de los prisioneros. Estos dependían de amigos y familia para cubrir las necesidades más básicas. Pablo era un ciudadano romano, por lo que probablemente su arresto domiciliario era mejor que estar en una mazmorra donde enviaban a los esclavos. Sin embargo, todavía dependía de la bondad de otras personas para satisfacer sus necesidades básicas como comida y otros productos esenciales.

La iglesia de Filipos conocía las necesidades de Pablo y había respondido enviándole dinero. Esta ofrenda conmovió a Pablo muchísimo, pero no era la primera vez que lo habían ayudado. Pablo nunca había pedido dinero a las iglesias que había fundado. Las Escrituras nos cuentan que de vez en cuando, Pablo trabajaba como fabricante de tiendas de campaña para mantenerse, pero su relación con la iglesia de Filipos era diferente. Vemos en las Escrituras como también le habían apoyado cuando viajó a Tesalónica (Filipenses 4:16) y cuando llegó a Corinto (2 Corintios 11:9). Los miembros de la iglesia lo amaban, y él los amaba. Él era su padre espiritual, y la ofrenda de la iglesia de Filipos significaba un gesto de aprecio por todo lo que era Pablo y todo lo que había hecho por ellos.

Pablo se alegraba de nuevo, como vemos a lo largo del libro de Filipenses, pero no solo por la ofrenda recibida. Se alegraba en el Señor. No se alegraba de su libertad, ya que no estaba libre. No se alegraba de sus riquezas, porque nada tenía. No se alegraba de una vida libre de conflictos, porque había gente que iba contra él. No se alegraba de una vida segura, porque no tenía ni idea de lo que le esperaba al final de su tiempo en prisión. Se alegraba en el Señor, la única cosa eternamente segura y bendecida en su vida. Con esta mentalidad, Pablo continuaba alegrándose en el Señor mientras agradecía el obsequio de los filipenses.

Se alegraba en el Señor con la ofrenda de la iglesia porque era Dios quien había movido sus corazones para dar. Era Dios quien los había bendecido para ser una bendición para Pablo. Era Dios quien les había provisto para que fueran generosos con Pablo. En realidad, los filipenses eran solo el medio de la gracia y provisión de Dios. Pablo conocía tan bien la manera de proveer de Dios que, al recibir el obsequio de los filipenses, volvió su atención, agradecimiento y alegría hacia Él.

Sería similar a una mujer casada que recibe un regalo de Navidad de sus niños. Mientras abraza y da las gracias a sus hijos, vuelve la mirada hacia su marido, reconociendo que él es la fuente verdadera del regalo.

Los filipenses amaban a Pablo, y Dios había preparado sus corazones para dar. Y cuando conocieron la necesidad de Pablo, lo expresaron a través de su obsequio de dinero.

En los versículos 11-13, podemos leer algunas de las enseñanzas más claras de Pablo sobre la satisfacción:

¹¹ No digo esto porque esté necesitado, pues he aprendido a estar satisfecho en cualquier situación en que me encuentre. ¹² Sé lo que es vivir en la pobreza, y lo que es vivir en la abundancia. He aprendido a vivir en todas y cada una de las circunstancias, tanto a quedar saciado como a pasar hambre, a tener de sobra como a sufrir escasez. ¹³ Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.

¿Es realmente posible el contento? Como podía Pablo decir que había aprendido a estar satisfecho en cualquier situación? Era un hombre que poseía una educación, que procedía de buena familia, y que había tenido prestigio y poder. Había dado discursos delante de reyes y los mejores pensadores de su tiempo en Atenas. Desde la perspectiva del mundo, era un hombre joven que tenía tantas cosas, hasta que decidió dejarlo todo para seguir a Jesucristo. Por compartir el amor de Cristo, fue azotado, apaleado, y apedreado casi hasta la muerte. Fue encarcelado injustamente muchas veces y naufragó más de una vez. Pasó días sin dormir, comer, y con falta de abrigo, pero aun así, desde su prisión romana pudo escribir: ***“No digo esto porque esté necesitado, pues he aprendido a estar satisfecho en cualquier situación en que me encuentre”*** (Filipenses 4:11).

Para responder la pregunta de dónde encontraba Pablo su satisfacción, tenemos que entender que la satisfacción es y no es. Lo opuesto a la satisfacción es la envidia o la codicia. Es desear con resentimiento algo que otra persona tiene. A menudo es un sentimiento de que la vida no es justa, que Dios no te ha tratado justamente, que mereces más. Siempre se centra en uno mismo, creyendo que la felicidad llegará si puedes tener lo que quieres. Dios habla muchas veces sobre esta actitud en las Escrituras.

Pablo estaba satisfecho con lo que tenía. Tenía lo esencial. Se había acostumbrado a vivir y estar contento y agradecido con lo mínimo. Dándose cuenta de que no merecía nada, cada momento de su vida era un regalo. Estaba contento incluso estando en cadenas en una prisión romana.

El dinero de los filipenses ayudaba, pero Jesucristo ya había satisfecho sus mas profundos anhelos y necesidades mucho antes de la llegada de Epafrodito. Pablo ya tenía lo que la mayoría de nosotros andamos buscando. En Jesucristo era rico. En el Espíritu Santo poseía el amor, la alegría, la paz, la paciencia, la amabilidad, la bondad, la fidelidad, la humildad y el dominio propio de los que escribió en Gálatas 5:2-23. En Jesucristo, Pablo poseía estos inestimables regalos que la mayoría de nosotros nos pasamos la vida persiguiendo, y ni César se los podía quitar.

Los estoicos de la época de Pablo buscaban el contento también, pero creían que se podía alcanzar aprendiendo a no desear nada; dejando de sentir o de preocuparse del bienestar de uno mismo o de otros. Había que bajar las expectativas y aprender a estar gobernados por la apatía. Eso es lo opuesto a lo que vemos en las Escrituras.

Dios nos manda a desear plenamente. Nuestro error es que a menudo nos quedamos satisfechos muy fácilmente. Nos contentamos con los placeres de este mundo, en vez de perseverar de todo corazón hasta tener las riquezas impagables que Pablo poseía. Como ha dicho el Pastor John Piper, *“Dios se glorifica más en nosotros cuando estamos más satisfechos con Él.”*

El contento puede ser nuestro cuando finalmente damos la espalda al mundo y encontramos nuestros anhelos más profundos en Jesucristo. Cualquier otra manera de satisfacer nuestros deseos en el mundo resultan vanos, fútiles y efímeros.

Jeremías 2:13 describe esta misma idea de manera diferente: *“Dos son los pecados que ha cometido mi pueblo: Me han abandonado a mí, fuente de agua viva, y han cavado sus propias cisternas, cisternas rotas que no retienen agua.”*

Este versículo es el retrato de alguien que, en vez de beber agua pura de una fuente sin fin, ha decidido fabricar un recipiente para recoger el agua de lluvia que corre por la calle. Ha rechazado el agua pura de una fuente, y en cambio ha confiado en sus propias estrategias defectuosas para beber una agua estancada y venenosa que lleva a la muerte.

Nuestro deseo de la versión mundial de la satisfacción nos llevará al mismo resultado. Nos traerá tragedia y arrepentimiento. Esto es de lo que Jesucristo habla en Juan 10:10: *“El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia.”* Esto describe la batalla por nuestros corazones y mentes. Satanás ha venido a destruir la vida, y Jesucristo ha venido a salvarla. El príncipe de este mundo seduce nuestros corazones con los mensajes del mundo, pero Jesús ha venido a revelar esa mentira, liberar a los cautivos, y ofrecer una vida abundante a todos los que crean.

A menudo soñamos en un futuro en que la vida será mejor, creyendo que “la hierba siempre es más verde al otro lado.” Creemos que cuando seamos más ricos, más populares, más amados, estemos más cómodos, sin dolor, o más entretenidos, encontraremos la satisfacción. Pero no es verdad. En la vida cristiana, las verdaderas riquezas están a nuestro alcance cada día. Están enfrente de nosotros. Las cosas verdaderamente inestimables y preciosas de la vida están siempre al alcance de la mano, porque Jesucristo está a nuestro alcance.

El mundo nos genera insatisfacción. Naturalmente anhelamos cosas profundas como el amor, la alegría, y la paz, pero el problema viene cuando intentamos lograr esas cosas a través del dinero, el materialismo, la popularidad, el placer y una vida fácil. La Palabra de Dios nos promete que esas bendiciones se encuentran en Jesucristo. No tenemos que inclinarnos ante los métodos del mundo para alcanzar la satisfacción.

No fuimos creados para este mundo. Fuimos creados para la eternidad en el cielo. Nuestros deseos más profundos dan testimonio de que fuimos creados para algo más. En la tierra, si escogemos una vida entregados a Jesucristo, podemos probar una pequeña muestra de cómo será esa vida en el cielo con Dios. Nuestro hogar está en cielo, y solo ahí nuestros deseos más profundos se realizarán. Es por esta razón que el apóstol Pablo dice: ***"Es más, todo lo considero pérdida por razón del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo he perdido todo, y lo tengo por estiércol, a fin de ganar a Cristo"*** (Filipenses 3:8). Para Pablo incluso la muerte misma era un amigo bienvenido: ***"Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia"*** (Filipenses 1:21).

No somos como los estoicos y otras religiones que han enseñado a sus seguidores que la única manera de estar satisfechos es la apatía y desear menos. Dios nos llama a desear más, pero dejar que esos deseos nos lleven al Señor, el único que puede satisfacer nuestros anhelos más profundos. Debemos volvernos hacia Él, como un niño se vuelve hacia su padre. En esa relación con nuestro Padre celestial encontraremos todas nuestras necesidades satisfechas. En esto estaremos libres de la codicia y encontraremos el verdadero contento.

¹⁷ No digo esto porque esté tratando de conseguir más ofrendas, sino que trato de aumentar el crédito en vuestra cuenta. ¹⁸ Ya he recibido todo lo que necesito y aún más; tengo hasta de sobra ahora que he recibido de Epafrodito lo que me enviasteis. Es una ofrenda fragante, un sacrificio que Dios acepta con agrado. ¹⁹ Así que mi Dios os proveerá de todo lo que necesitéis, conforme a las gloriosas riquezas que tiene en Cristo Jesús. ²⁰ A nuestro Dios y Padre sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén. (Filipenses 4:17-20)

Dios había dado a los filipenses unos corazones llenos de generosidad. Al haber madurado en su fe y entender la abundancia que tenían en Jesucristo, se sintieron movidos a dar. Al oír acerca de la necesidad de Pablo, respondieron con agradecimiento, empatía, y fe. Sabían que Cristo era su proveedor. Su confianza estaba en que el mismo Dios que los movía a dar iba a satisfacer todas sus necesidades.

Pablo entonces se alegra con el obsequio, no por lo que había recibido, sino por la bendiciones que sabía que los filipenses recibirían por lo que habían dado. Como leemos en Hechos 20:35: ***"Hay más dicha en dar que en recibir."***

En 2 Corintios 9:6, Pablo agregó esto: ***"Recordad esto: El que siembra escasamente, escasamente cosechará, y el que siembra en abundancia, en abundancia cosechará."*** Esto refleja el principio de Dios de dar generosamente a quien da con generosidad. O como Salomón dijo en el Antiguo Testamento: ***"Honra al SEÑOR con tus riquezas y con los primeros frutos de tus cosechas. Así tus graneros se llenarán a reventar y tus bodegas rebosarán de vino nuevo"*** (Proverbios 3:9-10). Jesucristo mismo testificó sobre este principio de generosidad recíproca: ***"Dad, y se os dará: se os pondrá en el regazo una medida llena, apretada, sacudida y desbordante. Porque con la medida que midáis a otros se os medirá a vosotros"*** (Lucas 6:38).

Este patrón resulta claro. Tanto que a Israel se le dijo que probara a Dios para experimentar su fidelidad.

En Malaquías 3:10, Dios dice lo siguiente sobre dar: ***“Próbadme en esto..., y ved si no abro las compuertas del cielo y derramo sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde.”***

Ahora, hay que tener cuidado en cómo interpretamos estos versículos. Algunos, con un corazón egoísta, leerán estos versículos y darán dinero a Dios, pensando que es similar a invertir en el mercado de valores. Su esperanza es que si dan dinero al Señor, Él les dará más dinero a ellos. El problema con esta manera de pensar es que Dios conoce el corazón del ser humano. Dios no será burlado. No se le puede manipular. Dios reconoce un regalo que no le es agradable. Un regalo que agrada a Dios es uno guiado por el Espíritu Santo, dado por fe, desinteresadamente, por parte de un corazón alegre, que no busca reconocimiento, y con la confianza de que Dios satisfará todas las necesidades. El regalo es darle gloria a Dios mientras se expresa amor a la persona en necesidad.

En el Antiguo Testamento, Dios habló del diezmo, el dar 10%, que era necesario para el apoyo del ministerio del templo y el sistema de sacrificios. En el Nuevo Testamento, Dios cambió del 10 al 100%. Hemos sido comprados por un precio. Ahora pertenecemos a Jesucristo, y todo lo que tenemos le pertenece a Él. Dios ahora busca a los que, por fe, darán generosamente, guiados por el Espíritu Santo. Al ser fieles administradores de los bienes de Dios, Dios nos continuará bendiciendo para que seamos una bendición para otros.

Las palabras de Pablo también benefician a los que tardan en dar por miedo a no tener lo suficiente para ellos mismos. No hay nada malo en ser responsable de nuestras propias necesidades, y tener en cuenta ahorros bancarios, seguros, jubilación, u otros tipos de planes financieros. Pero como cristianos, ya no tenemos que vivir con miedo. 2 Corintios 9:11 nos quita el miedo: ***“Seréis enriquecidos en todo sentido para que en toda ocasión podáis ser generosos, y para que por medio de nosotros vuestra generosidad resulte en acciones de gracias a Dios.”*** Para los que buscan ser generosos con otros, Dios les abrirá un camino para que lo puedan ser.

A veces, Dios bendecirá al donante financieramente. Otras veces, al dar, Dios acrecentará nuestra fe. En otras ocasiones, Dios nos concederá alegría al ayudar a alguien en necesidad. A veces, dando a otros, sentiremos la presencia de Dios más cercana. Como el salmista escribió en Salmos 112:5: ***“Bien le va al que presta con generosidad.”***

La respuesta de Dios cuando damos puede ser una bendición material o espiritual. En palabras de Salomón: ***“Unos dan a manos llenas, y reciben más de lo que dan; otros ni sus deudas pagan, y acaban en la miseria. El que es generoso prospera; el que reanima será reanimado.”*** (Proverbios 11:24-25).

Nuestra confianza se halla en el hecho de que quienes dan como Dios los guía serán bendecidos de alguna manera u otra. De esto se alegraba Pablo. Puesto que los filipenses le habían ayudado en su tiempo de necesidad, Dios los bendeciría a ellos.

“Dichoso el que piensa en el débil; el SEÑOR lo librará en el día de la desgracia.” (Salmo 41:1)

“El que es generoso será bendecido, pues comparte su comida con los pobres.” (Proverbios 22:9)

“Dios ama al que da con alegría.” (2 Corintios 9:7)

Estamos imitando a Cristo. Damos a otros como Él nos dio a nosotros. Es una característica de una gente que vive con una mentalidad de abundancia. Dios es generoso con nosotros. Debemos ser generosos con otros. Como Pablo, esta mentalidad de abundancia es válida también cuando no tenemos mucho. Es muy parecido a la historia de la viuda en Marcos 12:41-44:

⁴¹ Jesús se sentó frente al lugar donde se depositaban las ofrendas, y estuvo observando cómo la gente echaba sus monedas en el cepillo del templo. Muchos ricos echaban grandes cantidades. ⁴² Pero una viuda pobre llegó y echó dos moneditas de muy poco valor.

⁴³ Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: «Os aseguro que esta viuda pobre ha echado en el tesoro más que todos los demás. ⁴⁴ Estos dieron de lo que les sobraba; pero ella, de su pobreza, echó todo lo que tenía, todo su sustento.»

Otros daban de su riqueza, mientras que ella daba de su pobreza. Jesucristo dijo que la viuda había dado más, no por la cantidad de dinero, sino por la cantidad de sacrificio. Ese sacrificio era verdaderamente un hecho de fe, que agradaba a Dios.

Vemos una verdad similar en la historia de Elías y la viuda de Sarepta, que se encuentra en 1 Reyes 17:8-16:

⁸ Entonces la palabra del SEÑOR vino a él con este mensaje: ⁹ «Ve ahora a Sarepta de Sidón, y permanece allí. A una viuda de ese lugar le he ordenado darte de comer». ¹⁰ Así que Elías se fue a Sarepta. Al llegar a la puerta de la ciudad, encontró a una viuda que recogía leña. La llamó y le dijo:

—Por favor, tráeme una vasija con un poco de agua para beber.

¹¹ Mientras ella iba por el agua, él volvió a llamarla y le dijo:

—Tráeme también, por favor, un pedazo de pan.

¹² —Tan cierto como que vive el SEÑOR tu Dios —respondió ella—, que no me queda ni un pedazo de pan; solo tengo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en el jarro. Precisamente estaba recogiendo unos leños para llevármelos a casa y hacer una comida para mi hijo y para mí. ¡Será nuestra última comida antes de morirnos de hambre!

¹³ —No temas —le dijo Elías—. Vuelve a casa y haz lo que pensabas hacer. Pero antes prepárame un panecillo con lo que tienes, y tráemelo; luego haz algo para ti y para tu hijo. ¹⁴ Porque así dice el SEÑOR, Dios de Israel: “No se agotará la harina de la tinaja ni se acabará el aceite del jarro, hasta el día en que el SEÑOR haga llover sobre la tierra”.

¹⁵ Ella fue e hizo lo que le había dicho Elías, de modo que cada día hubo comida para ella y su hijo, como también para Elías. ¹⁶ Y tal como la palabra del SEÑOR lo había anunciado por medio de Elías, no se agotó la harina de la tinaja ni se acabó el aceite del jarro.

Esta historia es un retrato claro de como Dios provee a los que, por fe, dan a otros en necesidad. El obsequio de los filipenses a Pablo era muy similar. Fue dado con tanta pureza y sacrificio que agradó a Dios, y le fue aceptable. Por esto, no tenían nada que temer al ser generosos. Dios les llevó a dar. Respondieron con generosidad por fe y obediencia. Entonces, Dios les proveerá de todo lo que necesitasen *“conforme a las gloriosas riquezas que tiene en Cristo Jesús”*.

Pablo aquí establece un principio de la acción de dar. Cuando Dios llama, Él provee. No podemos superar lo que Dios da. A los que dan como el Espíritu Santo los guía, Dios les satisfará todas sus necesidades. No debemos temer ser generosos. Nuestra responsabilidad principal es andar con Dios íntimamente para saber cuándo El quiere que demos. Entonces podemos tener confianza en Su provisión. Si no tenemos intimidad con Dios, entonces rehusamos dar por temor, o damos por motivos impuros, o fuera del liderazgo de Dios.

Mientras nutrimos nuestra relación con Jesucristo, llegaremos a mirar al mundo y las necesidades de otros como Dios las mira. Dios formará nuestra fe, nuestras prioridades, y nuestra comprensión de la necesidad y la provisión. Dios afilará nuestra sensibilidad a la guía del Espíritu. Si primero buscamos el reino de Dios, tendremos la confianza de que Él satisfará nuestras necesidades (Mateo 6:33). Al empezar a ver la satisfacción, el dar, y la provisión de Dios desde una perspectiva bíblica, estaremos listos para ser un canal de bendición, mientras Él nos bendice para que seamos una bendición para otros.

En 1 Timoteo 6:17-19, el apóstol Pablo instruye a Timoteo a enseñar a la gente a que *“no pongan su esperanza en las riquezas, que son tan inseguras, sino en Dios, que nos provee de todo en abundancia para que lo disfrutemos... que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, y generosos, dispuestos a compartir lo que tienen.”*¹⁹ *De este modo atesorarán para sí un seguro caudal para el futuro y obtendrán la vida verdadera.”*

Que seamos unas personas y una iglesia que madure en su fe, y que se caracterice por la satisfacción, la generosidad y las bendiciones de Dios por muchos años.

Preguntas para la reflexión:

1. ¿Qué te pareció interesante de este sermón?
2. En tu opinión, ¿en qué confía la mayoría de la gente para encontrar satisfacción?
3. Por qué la gente encuentra difícil ser más generosa?
4. ¿De qué manera la promesa de Dios de “satisfacer todas nuestras necesidades” ayuda a un cristiano a dar a otros que están en apuros?
5. ¿Qué crees que debes recordar de este sermón?
6. ¿Qué crees que Dios quiere que hagas sobre ello?
7. ¿Cómo te podemos ayudar a lograrlo?